

ESPERAR

Irene Márquez

Supongo que hoy tampoco llamará, estoy cansado de esperar, siempre esperar. Parece que fuera el destino de mi vida. Esperar a crecer, esperar a tener libertad de decisión, esperar a terminar el secundario, esperar a tener muchas chicas para salir, esperar a conseguir un buen empleo, esperar a terminar la universidad, esperar a tener muchas mujeres para salir, esperar a obtener un mejor trabajo, esperar a tener una mejor remuneración, esperar a tener una pareja, esperar un ascenso, esperar un divorcio no controvertido, esperar una nueva pareja y muy fundamentalmente, dejar de esperar.

Estoy harto de esperar, acabo de decidir que no voy a esperar más.

Hoy es viernes, pero como decidí que no voy a seguir esperando decido que hoy es sábado. Y como es sábado me toca ir al cine, y como no voy a esperar más decido ir a la primera función que comienza al mediodía.

Bajó corriendo la escalera porque no quería esperar el ascensor, corrió al colectivo porque no quería esperar al próximo.

Corrió al cruzar la calle porque no esperó que el semáforo le diera paso, pero tuvo que esperar a la ambulancia, porque un Ford Galaxy rojo no esperó a que el pasara y lo embistió dejándolo maltrecho, tirado sobre la calzada.

Maltrecho porque tuvo que suspender su proyecto y esperar la ambulancia, esperar a que la ambulancia lo llevaran al hospital, esperar a que le enyesaran la pierna derecha, esperar a que lo pasara a buscar un taxi para llevarlo de vuelta a su casa.

Y fundamentalmente olvidarse de la idea de no seguir esperando.

Estaba otra vez dónde había comenzado todo, en el comedor de su casa, dónde horas antes había decidido no esperar más.

Sonó el teléfono, casi tira la mesita dónde estaba apoyado el aparato para atender más rápido.

Era el llamado esperado, era ella, ella, la única, la única que le interesaba en este momento. La tan esperada llamada. Habló nervioso, no podía creer lo que

escuchaba, lo estaba invitando a practicar esquí acuático y pasar el fin de semana en su isla del Tigre.

El médico del hospital le había dicho que lo esperaba dentro de dos semanas para colocarle un taco de goma en el yeso y así se podría movilizar por sus propios medios, hasta tanto debía guardar reposo absoluto, no podía apoyar el pié.

O sea, que debía decirle a ella, a la única, que no podía ir y él tendría que esperar, seguir esperando.

Dos horas después sonó el timbre de la puerta, con dificultad ya que no estaba para nada ducho en el manejo de la silla de ruedas que había alquilado para moverse dentro de su departamento fue a abrir.

Cual no fue su sorpresa al encontrarse con ella, la única, que estaba radiante y se abalanzó con un torrente de afecto sobre su lesionada humanidad.

-No hay nada que me entusiasme más que cuidar a un ser querido que me necesita-, dijo con total convencimiento

Se instaló con total normalidad, como si siempre hubiera vivido allí cuidándolo.

Cuando él salió de su asombro al tercer día, comenzó a esperar con verdadera desesperación que terminara la espera y le colocaran el taco en el yeso.

El mismo con el que le daría una patada en el trasero a su acompañante a la que no soportaba más, no podía dejar de esperar a que se fuera.

Su vida continuaba siendo eso, una constante espera.

Nunca se enteró, ni siquiera en el momento de su muerte acaecida a los noventa y cinco años, ya había comenzado a esperarla quince años antes, pero como toda su vida fue una espera, tuvo que esperar quince años más para morir

Bueno, de lo que jamás se enteró fue que al nacer había sido sietemesino en una época en que tenía muy pocas probabilidades de sobrevivir y su madre estuvo sentada junto a su incubadora diciéndole de la mañana a la noche.

Espero que pase un día más, espero que llegue el mañana y estés más grande, espero que llegue la semana próxima y ya puedas estar más fuerte, espero que pasen los dos meses así te puedo llevar a casa, espero.

COMENTARIO:

El texto de Irene Márquez juega con un componente muy atractivo literariamente: la paradoja, y además ofrece una visión original, más bien novedosa, sobre esa constante temporal de nuestras vidas que es la espera. Así, desde el punto de vista del narrador de este cuento todos estamos siempre esperando, y ello es el punto de partida para esta historia divertida y, ya decimos, paradójica. Lo que echamos en falta es algo de *color* en lo que se cuenta, unas cuantas imágenes que perfilen mejor al personaje y a su entorno pues de lo contrario, como se puede observar en el cuento, terminamos por leer una historia y no “la” historia. Cuando esto ocurre, es decir, cuando el relato de los hechos no lleva ciertos matices, precisiones y descripciones, el resultado es un texto que pierde fuerza, se convierte en algo más bien incoloro, que sólo se salva en pocos casos, como en este mismo, porque la historia se cuenta de manera enérgica, rápida y con un buen manejo del tiempo narrativo. Necesitamos algunos detalles físicos del personaje, de su casa, del rostro del doctor, de las calles... en una palabra, necesitamos individualizar las cosas... Hay además un pequeño problema técnico en el cambio de narrador: al principio la historia se cuenta en primera persona y luego, sin previo aviso, se pasa a la tercera. No significa esto que esos cambios no se puedan hacer, sino que deben estar justificados. El lector debe entender que hay un motivo para ese cambio, que responde a un efecto que en este caso no se detecta, salvo cierta comodidad del narrador para situarse mejor en la historia.